

## DISCURSO DE APERTURA DEL CURSO 2014-2015

NOS reúne hoy aquí la celebración de la Segunda Conferencia Francisco Tomás y Valiente, que sirve de apertura simbólica del curso académico 2014-2015 en nuestra Facultad de Derecho. La primera en que tengo el honor de dirigirme a Ustedes en mi condición de Decana. Y quisiera hacerlo rindiendo un homenaje, modesto pero emocionado y sincero, a la persona y al quehacer de quien nos convoca, el Profesor Tomás y Valiente. Homenaje que se realiza con la imprescindible colaboración del Anuario de la Facultad de Derecho de la UAM, a cuyo director y secretaria deseo transmitir mi sincera gratitud por su ayuda e inestimable colaboración en la realización de un acto que quiere ser seña de identidad de nuestro centro. Como es obligado agradecer al Profesor Francisco Rubio Llorente su cariñosa acogida y generosidad para aceptar pronunciar en esta ocasión la lección magistral que es el eje central de este acto, tras la invitación cursada por el anterior Decano, Fernando Molina; agradecimiento que igualmente hago extensivo a nuestro compañero Manuel Aragón Reyes, que hará la presentación del conferenciante tras mis palabras. Igualmente, mi reconocimiento a las altas autoridades y personalidades aquí presentes, que nos honran con su afecto y compañía, así como a la familia del profesor Tomás y Valiente, cuya asistencia enriquece esta II Conferencia. Y, desde luego, al Sr. Rector que nos preside, encarnando el compromiso de la Universidad Autónoma de Madrid con la excelencia que, bajo el ejemplo de Tomás y Valiente, quiere seguir representando nuestra Facultad de Derecho. A todos ellos, en nombre de la Facultad, nuestra muestra de gratitud más sentida.

Poco puedo yo decir de la figura de Francisco Tomás y Valiente que no sepan ya todos los que nos convocamos hoy en el Aula Magna que lleva su nombre. Catedrático de Historia del Derecho en las Universidades de La Laguna, Salamanca y, finalmente, en esta Universidad, en esta Facultad, fue llamado a formar parte como Magistrado del Tribunal Constitucional desde su creación hasta 1986, año en que pasaría a presidirlo hasta 1992. Ostentó, también, la condición de Consejero permanente del Consejo de Estado; la de académico de número de la Real Academia de la Historia; el título de Doctor Honoris Causa por las Universidades de Messina (Italia) y Salamanca; y fue, en fin, Director del prestigioso Anuario de Historia del Derecho Español.

El Profesor Tomás y Valiente fue un apasionado estudioso de la Historia del Derecho, su especialidad, y lo hizo desde la perspectiva de los valores democráticos, y, más particularmente, desde la óptica de los derechos y garantías de los individuos frente al poder, como se hace especialmente visible en sus investigaciones sobre *El Derecho Penal de la monarquía absoluta* y *La tortura en España*, por poner solo un par de ejemplos. Su amplísima obra fue felizmente recopilada en seis voluminosos tomos editados por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, gracias al trabajo riguroso de su discípula y querida colega, Marta Lorente. Tomos que muchos releemos cada poco para encontrar respuesta lúcida a algunas de nuestras más constantes preocupaciones.

Esa ingente obra no hace sino traducir su íntima convicción de que es necesario abandonar presuntas leyes históricas o supuestas claves universales, que es imprescindible evitar toda exageración dogmática, para adoptar una perspectiva en la que la verdad, lejos de obtenerse de una vez y para siempre, sea el resultado de un proceso de acumulación y corrección gradual, dirigido a reconstruir lo que los hombres, únicos sujetos de la Historia, han hecho a lo largo del tiempo.

Excelente maestro y profesor, su pensamiento se proyectó sobre múltiples cuestiones, a las que luego aludiré. Lamento tener que recordar que Francisco Tomás y Valiente fue asesinado en atentado terrorista el 14 de febrero de 1996 en esta Facultad, su casa y la nuestra.

Cuando se ha superado una edad que traspasa el ecuador de lo que uno razonablemente aspira a vivir y se echa la vista atrás, se produce una cierta sensación de vértigo y sorpresa: casi todo ha ocurrido hace 15 o 20 años, aunque nuestra impresión sea que ocurrió hace apenas nada. Es difícil de asumir que haga ya más de 18 años que nuestro maestro, compañero y amigo Francisco Tomás y Valiente nos dejó. Solo físicamente, pero un poco más solos; aunque nos acompañe su pensamiento, tras un encuentro fatal entre esas dos especies de hombre a que se refería Pascal: el justo, que se cree pecador, y el pecador, que se considera justo. Cuánto se le echa de menos en unos momentos tan críticos como los que nos conturban.

Dieciocho años. Y me resulta imposible no rememorar ahora algunas conversaciones compartidas en torno a cuestiones, grandes y pequeñas, y tan diversas como los grandes problemas políticos por los que atravesaba –y lamentablemente sigue atravesando nuestro país–, algunos problemas relativos a la universidad, que lamentablemente no han mejorado en lo esencial, pequeños problemas cotidianos, o aficiones personales comunes, como la lectura y la música. Hablar con él suponía siempre un placer y el sentimiento de disfrutar del privilegio de recibir una magistral lección, envuelta en esas formas suaves tan características suyas, que no eran sino otra expresión de su tolerancia y juicio ponderado.

Dieciocho años después de que la sinrazón actuase, de la figura humana e intelectual de Francisco Tomás y Valiente se ha dicho ya casi todo. Por eso, quisiera yo en este acto dirigirme de forma más directa, más íntima si ustedes me lo permiten a quien hoy recordamos. Porque, como expresó Campbell, no muere quien vive en los corazones de quienes deja tras de sí. El propio Tomás y Valiente decía que, cito textualmente, «somos memoria de nosotros mismos, de lo que hemos sido y hemos hecho, y tenemos que apoyarnos en el suelo firme de la memoria reflexiva para orientarnos en el futuro. Pero al hombre no le basta con su propia memoria de sí, sino que aspira además a ser acogido con benevolencia en la de quienes le conocen y con él conviven. Por eso, el mejor homenaje es siempre el recuerdo».

Y eso persigue este Acto, recordarle. Recordar conversaciones con él, sobre asuntos que siempre le preocuparon, y sobre los que sus opiniones han tenido para muchos de nosotros una utilidad infrecuente.

Francisco Tomás y Valiente era, sobre todas las cosas, un pensador; alguien que reflexiona sobre lo que ocurre en su entorno, lo analiza, lo critica, intenta ofrecer claves de interpretación y de corrección, o, simplemente, nos suscita dudas. La duda es uno de los nombres de la inteligencia, decía Borges. Por eso el problema de la humanidad sigue siendo que los estúpidos están seguros de todo y los inteligentes están llenos de dudas, como intuiera Bertrand Russell.

Casi simultáneamente a su asesinato, como es sabido, nos dejaría buena constancia de esta faceta suya cuando, hablando *a orillas del Estado*, es decir, no en su condición de ex-Presidente del Tribunal Constitucional, ni como Consejero de Estado que era, sino en su condición de pensador, ilustraba sobre múltiples cuestiones que nos siguen interesando e inquietando, tales como el ejercicio del poder, los nacionalismos, la justicia, la historia, los hombres, la tolerancia, su negación más radical que es el terrorismo o, paradójicamente, la vida y la muerte. Sin duda, su valerosa clarividencia fue uno de los factores que llevó a quienes negaban todo lo que él defendió a asesinarlo. Así de contradictoria es la vida, en la que, decía Unamuno, no es raro encontrarse con ladrones que predicán contra el robo.

¿Qué hubiera pensado el Profesor Francisco Tomás y Valiente del actual estado de cosas en la enseñanza superior, en la Universidad?

Él afirmaba, y vuelvo a citarle textualmente, que «hay un modo de educar que se produce de manera incluso involuntaria en el trato entre profesores y discípulos: aquellos ofrecen, tanto si son conscientes de ello como si no, su conducta como ejemplo, y con aquella y con este, buenos o malos, educan, bien o mal, a sus alumnos». Y sus alumnos decían y aún dicen que les enseñó a pensar, a cuestionarse el sentido profundo de las cosas; que les permitió participar de su conocimiento, dejándoles aportar ideas y reflexiones; que era un profesor que amaba enseñar. A muchos de nosotros nos contaron y nos siguen contando que percibían cómo disfrutaba dando clases e intentaba siempre despertar su interés y su ilusión. Sin duda le alegraría saber, que, para ellos, las horas que pasaron en las aulas junto al Profesor Tomás y Valiente corrieron muy deprisa, que muchas veces les hubiera gustado continuar escuchándole y que han dejado huella indeleble. Sus alumnos nos dijeron y nos dicen que nunca renunció a hacerles llegar su amor por la sabiduría. En su presencia, siempre resultó fácil tener ganas de aprender y conocer.

Huella que dejó igualmente a todos los que hoy nos reunimos aquí, en torno a su recuerdo. Los valores y principios que defendió fuera y dentro de las aulas nos llegaron a todos transparentes y con fuerza. Entendimos que todas sus enseñanzas emanaban de la experiencia, del estudio y de la reflexión. Todos sabemos que quería transmitir su coherencia e integridad, que se entregaba en cada una de sus ideas y, tras cada una de ellas, estaba su propia forma de sentir la vida.

En definitiva, como dijera André Robert Jacques Turgot, el principio de la educación es predicar con el ejemplo. Siempre que se enseña, se ha de enseñar a dudar de lo que se enseña, como proponía Ortega y Gasset. Aunque, según el citado Bertrand Russell, antes de pensar en cómo educar, convendría aclarar cuáles son los resultados que se desean.

No es fácil imaginar cómo pueda ser la universidad dentro de veinte o cincuenta años. Entre otras razones, porque no es fácil hacerse una idea de cómo será la sociedad de ese futuro próximo; y la universidad, sabido es, no es sino cabal reflejo de la sociedad en la que se inserta y de la que se nutre. Pero, sin duda, los valores y principios que defendió tan rigurosa y tenazmente Francisco Tomás y Valiente se encontrarán presentes en esa Universidad del futuro, o no será universidad. Porque, como él mejor que nadie dijo, «hay que admitir que el saber es indivisible y habría que inventar, si no lo estuviera ya, la institución en que se buscara el saber, en función no de útiles aplicaciones inmediatas, sino por el goce mismo de averiguar algo nuevo o de repensar lo ya sabido, por el saber puro. La Universidad es el lugar institucional donde se investigan saberes básicos, fundamentales» Y añadía: «cuando se nos pregunte desde fuera de la Universidad para qué sirven determinadas áreas de conocimiento, por qué se investiga en ciertos proyectos o líneas de trabajo, no hay que buscar respuestas vergonzantes en términos pragmáticos, sino proclamar con orgullo y sin vergüenza que esta es la institución donde desde hace siglos (...) se piensa sin condiciones ni límites, se aprende a dudar metódicamente, se investigan saberes aparentemente inútiles sin los cuales no habría ni ciencia ni cultura, ni vida en verdad humana. Una institución que solo ha sido grande cuando en ella se ha pensado con, desde y sobre la libertad».

Te mentiría, querido Paco, si no te dijera que, a veces, tu nítido pensamiento no es fácil de entender por quienes ostentan altas responsabilidades directamente relacionadas con la Universidad, quienes, con frecuencia, pretenden empequeñecer su función, transformándola en algo puramente instrumental de nuevos o viejos dioses difusos: el mercado, la empleabilidad, el conocimiento minúsculo. Pero a esos coyunturales responsables (o irresponsables) hay que recordarles, parafraseando al gran Neruda, que se pueden cortar todas las flores, pero no se puede detener la primavera. Ni que sigamos poniendo lo mejor de nosotros mismos en favor de tu idea de Universidad.

¿Qué nos diría el Profesor Tomás y Valiente de lo que denominamos el problema territorial o, más eufemística y generalmente, de las tensiones territoriales que quizá no sean sino tensiones económicas entre sujetos geográficamente dispersos?

En su Lección inaugural del Curso Académico 1993-94 en esta Universidad nos alertaba sobre algunos graves riesgos por los que atravesaba el Estado cuando finalizaba el pasado siglo, y muchos sentimos cierto estremecimiento ante la clara disyuntiva frente a la que nos situaba: «Hay que elegir –decía– entre una ética y una política centradas en la autonomía de los individuos libres, en la libertad y los derechos de los hombres plurales y diversos, en la convicción de que el hombre debe ser tratado siempre como fin y nunca como medio o instrumento y, por otra parte, la tradición nacionalista que construye a la Nación o al Pueblo (...) como organismos colectivos naturales, dotados de espíritu propio, de caracteres permanentes y diferenciales, de esencias irracionales en cuyo nombre es no sólo lícito, sino obligado sacrificar a los hombres, cuya personalidad y derechos desaparecen diluidos en el inasible ser de esos nuevos dioses llamados Nación, Raza o Etnia». Hoy nos encontramos, parafraseando a Machado, ante un fenómeno que muere después de haber causado tanto dolor (el terrorismo), y un fenómeno que bosteza (el independentismo), no solo en nuestro país. Lo que en nada obsta para concordar con Paul Valéry que debemos enriquecernos todos con nuestras mutuas diferencias.

Cuánta alegría sentiría el profesor al saber que el fenómeno terrorista, que le arrancó de nosotros brutalmente, hoy es un episodio, severo, pero episodio ya superado. Aunque no quiera reconocerse con la importancia debida por algunos que, envueltos en su mediocridad, son incapaces de reconocer el mérito de otros.

Todos, o casi todos los que aquí nos encontramos, somos deudores del legado del Profesor Tomás y Valiente, y creo que es imprescindible que sigamos aprendiendo de ese legado para encontrar elementos de explicación y superación del contexto asfixiante en el que tenemos que seguir trabajando. Y, para muchos de nosotros, que frecuentemente contemplamos y nos deleitamos como él con el Mediterráneo, su imagen ha quedado inevitablemente asociada a la cruel frustración de un último deseo expresado por él.

Querido Paco, otros compañeros, sin duda con mejores títulos que los míos, te dedicarán otras palabras, que, sin duda, serán más atinadas. Por ello, y por intentar emularte en la prudencia, concluiré yo las mías. La brevedad, decía Shakespeare, es el alma de la sabiduría. Creo que no hay mejor homenaje a una persona que intentar seguir profundizando con redoblado esfuerzo en los valores que encarna. Ese es mi modesto pero sincero compromiso, y creo que el de todos nosotros, para contigo, querido Profesor Francisco Tomás y Valiente. Tu recuerdo nos hace más fuertes y nos sirve de estímulo para perseverar en el propósito de hacer de la creación y transmisión del conocimiento más que una privilegiada tarea profesional, una vocación, más que una ocasión para mejorar nuestra vida, una oportunidad para hacernos mejores.

Muchas gracias.

YOLANDA VALDEOLIVAS GARCÍA

Decana de la Facultad de Derecho de la UAM